

Cuando un domingo del mes de febrero, no recuerdo exactamente el día, el propio Salvador, en nombre de la Coordinadora de las Cofradías de Semana Santa de Mahón, me comentó que se había pensado en mí para pronunciar el Pregón de la Semana Santa de este año, debo admitir, en honor a la verdad, que su propuesta me halagó y me cogió por sorpresa a partes iguales y pensé, en aquel momento, que lo más prudente era pedirle un tiempo para reflexionar.

Porque, como es obvio, yo no tengo ningún tipo de autoridad moral para dirigirme a todos vosotros, y menos, para hablaros de una cuestión, que queramos o no, está directamente ligada con nuestras creencias más íntimas.

No obstante, al cabo de unos días volví a reflexionar sobre la propuesta y fueron, debo confesar, mis recuerdos y vivencias personales de mis primeras procesiones de Semana Santa de la mano mi padre, en los primeros años de la década de los 40, lo que hizo que finalmente diera mi consentimiento a modo de sencillo, pero sentido homenaje, a su ejemplar vida de hombre bueno y de iglesia, al que tanto debemos mis hermanos y yo.

Se dice, a menudo, que no hay papeles difíciles sino actores mediocres, espero, pues, que mis limitaciones no me impidan estar a la altura que este solemne acto exige y que vuestra presencia y atención merece.

Acudo, pues, ante vosotros en este marco bellísimo de la iglesia de Santa María de Mahón, intentando, **seguro que con más voluntad que acierto**, hacer una reflexión en voz alta sobre el significado que evocan en mi persona

estos días santos en que conmemoramos la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Pero me vais a permitir que os diga, de entrada, que si estas fechas, tan entrañables para todo el orbe cristiano, representan, **como así es en efecto**, algo entrañable para mí, algo íntimo para mí, se lo debo, **sin duda**, al hecho de haber nacido a la vida en el seno de una familia profundamente creyente y a unos padres que supieron transmitirme a mí, que supieron transmitirme a mí y a mis hermanos, los valores sagrados de nuestra fe cristiana.

Pronunciar este Pregón de Semana supone, pues, un reto y un privilegio y, al mismo tiempo, una excelente ocasión, **una buena ocasión**, para reflexionar seriamente sobre la significación actual, en pleno siglo XXI, de una de las manifestaciones de religiosidad popular más arraigadas en el mundo cristiano.

Una reflexión hecha, necesariamente, desde la herencia de la fe, pero también desde la pertenencia a una Iglesia que sigue difundiendo el mensaje trascendental y salvífico de Jesús de Nazaret en una sociedad marcada actualmente por la **indiferencia** religiosa.

En un mundo como el que nos ha tocado vivir, tan profundamente secularizado, donde se premia **el tener antes que el ser**, debo, pues, dar gracias a Dios por la inmensa fortuna de haber heredado de mis padres y educadores unas creencias religiosas que por nuestra parte, los hombres y mujeres de mi generación, no hemos sabido transmitirles, seguramente, con igual convicción y fuerza

interior a nuestros hijos. Al menos esta es mi impresión personal.

Esta praxis religiosa que nuestros mayores, como digo, nos supieron legar como su herencia más preciada, hace posible, **ha hecho posible**, que piadosas tradiciones seculares, como nuestras procesiones de la Semana Santa, sigan muy presentes entre nosotros, **sigan vivas entre nosotros** y sean un instrumento válido para **exteriorizar** nuestra fe en medio de una sociedad que mayoritariamente, como decimos, se desenvuelve de espaldas a Dios y a las enseñanzas del Evangelio.

Pero, no podemos quedarnos sólo en la simbología, en la simple representación de unos hechos históricos ocurridos hace más de dos mil años, **rememorados** en la rica imaginería popular repleta de nazarenos, cristos flagelados y dolorosas.

No. Debemos ser capaces de vivir la fe en el Cristo Resucitado; el que vive junto al Padre, **ciertamente**, pero a la vez vive en compañía de su pueblo pobre y doliente, participando también de sus sufrimientos.

Capaces, digo, de vivir la fe en esta nueva realidad social. Una realidad social en la que, por desgracia, los valores auténticos del Evangelio y la ética del Sermón de la Montaña aparecen, para las corrientes laicistas de la sociedad postmoderna, como reliquias de una teología anclada en el pasado, desfasada, como una práctica que ha de quedar **recluida** entre los muros de las iglesias y en los pliegues más íntimos de las conciencias individuales.

Los cristianos del siglo XXI somos hijos de nuestro tiempo y, como tales, tenemos como primera exigencia ética el compromiso de un comportamiento evangélico en los ámbitos en los que nos movemos y actuamos a diario, ya sea el familiar, social, económico, político, etc.

Y, desde esta perspectiva abierta por la modernidad, es quizás más conveniente que nunca que nos preguntemos, sin ambigüedades ni complejos, sobre el significado de la Semana Santa en los umbrales siglo XXI.

¿Tiene algún sentido conmemorar la Pasión, Muerte y Resurrección del Hijo de Dios, dos mil años después de aquel extraordinario acontecimiento que cambió radicalmente la historia de la Humanidad? Y todavía más: ¿Son válidas las manifestaciones de religiosidad popular que durante los días de Semana Santa invaden de rezos, cirios y cofradías las calles y plazas de nuestros pueblos y ciudades?

Yo pienso sinceramente que sí, pero añado, siempre que igualmente aprovechemos estos días de obligado recogimiento para profundizar en el misterio de unos hechos que, sin duda, marcaron la historia de la humanidad y son la piedra angular, **el alfa y omega**, de nuestra fe cristiana.

La Pasión y Muerte de Jesús adquiere toda su grandeza redentora, **todo su significado**, por la Resurrección. El triunfo de la vida eterna, sobre la muerte corporal.

Si Jesús no hubiera resucitado, como dejó escrito el padre Martín Descalzo “ni la encarnación sería el nacimiento del Hijo de Dios, ni su muerte sería una redención, ni sus milagros serían milagros, ni su misterio existiría realmente”.

Sin el triunfo final de su Resurrección, Jesús quedaría reducido a un genio del espíritu, a un líder social que revolucionó la sociedad de su época, a un trasgresor de las normas político-sociales y religiosas de su tiempo.

Pero la Resurrección, **he ahí la grandeza**, sucede a la muerte en la cruz.

La procesión del Santo Entierro, que recorre las calles de nuestra ciudad en la tarde/noche del Viernes Santo, no tendría razón de ser, no tendría ningún sentido, si a su vez no pudiéramos celebrar la Fiesta Pascual del Resucitado: el Domingo de Resurrección. En definitiva, la victoria de Cristo sobre la muerte, de la luz sobre las tinieblas.

La victoria de Jesús sobre la muerte, como escribe, asimismo, Martín Descalzo, **es una victoria total, definitiva, plena**, su resurrección en nada se asemeja a la de Lázaro.

Lázaro, gracias al milagro de Jesús, vivirá una segunda parte de su misma vida, porque seguirá siendo mortal.

Pero Jesús, prosigue Martín Descalzo, con su resurrección **“penetra en la eternidad; no reingresa en el tiempo; entra allí, donde no hay tiempo.**

Si la resurrección de Lázaro es un milagro, la de Cristo es, además, un misterio; resulta inalcanzable para la inteligencia humana. Jesús, tras su Resurrección, **no vuelve a estar vivo** sino que se convierte **en el viviente**, en el que ya no puede morir”.

Lo realmente trascendente del misterio de la Resurrección, concluye, es el que con ella se **“inaugura una humanidad nueva, no atada a la muerte”**.

La muerte, **en definitiva**, no es el fin, sino el principio de una eternidad gloriosa a la que están llamados todos los seres humanos de buena voluntad. A la que estamos llamados todos nosotros.

Yo creo, sinceramente, que no somos conscientes de la grandeza que **la realidad** de estos hechos supone, porque si de verdad lo fuéramos nuestro comportamiento diario sería muy distinto.

Pensemos que Cristo, con su Resurrección milagrosa, nos abre la posibilidad de ser semejantes a **Él** y nosotros, la mayoría de las veces, desechamos esta posibilidad al abrazar un materialismo excluyente que sólo busca la inmediatez de una felicidad terrenal, **a la que también es totalmente lícito que aspiremos**, pero que no puede convertirse en un fin absoluto en si mismo.

Es un hecho irrefutable que, a medida que la revolución científica alarga la esperanza de vida de nuestra especie, la búsqueda de la felicidad, como decimos, se hace más intensa, más prioritaria, pero a su vez más alejada, más distante de la **auténtica felicidad** que asienta sus raíces en el misterio glorioso de la Pascua florida que festejamos el Domingo de Resurrección.

Algunas veces se ha dicho que el pueblo no siempre ha tenido sentido de la resurrección o del misterio pascual en su integridad. Que ha caído en un “**dolorismo**” extremo al interpretar y conmemorar el hecho de la muerte de Cristo **con más intensidad** que la victoria pascual.

Hay una parte de verdad en este diagnóstico. Pero habría que añadir que no siempre el predominio del Viernes Santo en el catolicismo popular es un síntoma **simplificador** de la vivencia festiva y victoriosa de la Pascua, ya que la tradición de la Iglesia primitiva expresaba la unidad del misterio pascual a través de una única celebración: la vigilia que va del sábado al domingo.

Si uno se interpelara a si mismo y buscara el significado último de su condición de penitente del que tanto “presumimos” durante estos días de la Semana Santa; pregunto: ¿encontraríamos de verdad a un hombre comprometido con el Cristo clavado en la cruz, con el Cristo yaciente, con el Cristo resucitado que evocan las tallas de nuestros monumentos procesionales que acompañamos por las calles y plazas de nuestra ciudad?

Mucho me temo que no. Puede que como cofrades hagamos bien nuestro trabajo, cumplamos con nuestras

obligaciones, durante estos días, pero, ¿y el resto del año? ¿Vivimos y actuamos conforme a las exigencias éticas y morales a las que, en tanto que cristianos comprometidos, nos exigen las enseñanzas de Jesús de Nazaret?

Pienso, que nuestra condición de penitente no se puede reducir **sólo, no se puede reducir solamente**, a la asistencia, con todo el recogimiento y la devoción de que somos capaces, a las procesiones de la Semana Santa cuya práctica aprendimos de nuestros mayores y a ser continuadores de esta hermosa tradición.

Nuestra pertenencia a las distintas cofradías de nuestra ciudad, La Sang, El Sepulcre, La Soledad, Centurions, Vía Crucis, La Piedat, San Père, repito, nos obliga a mucho más, a ser consecuentes con nuestra condición de creyentes, de hijos de una misma Iglesia, los 365 días del año y a dar permanente testimonio de nuestra fe cristiana.

Nuestra condición de católicos, que ponemos de manifiesto con nuestra presencia en los actos de culto de estos días santos, es una exigencia que nos tiene que llevar a comprometernos con la vida de nuestra comunidad eclesial, a colaborar en las diversas actividades de la iglesia diocesana y parroquial.

De lo contrario, como atinadamente señala el profesor Luis Maldonado, del Instituto Superior de Pastoral, estaríamos sólo participando en los **denominados** “ritos de tradición”, en alguna medida, pura cosmética, con representaciones escénicas que se mantienen a golpes de inercia y pulsiones de la rutina.

Ni la falta de valentía ni la comodidad pueden dejarnos sólo en la superficie, privándonos de vivir el cristianismo en toda su plenitud y autenticidad.

El mismo profesor Maldonado en su estudio sobre **“La religiosidad popular en la actualidad y en el futuro próximo de la vida española”** apunta, **significa**, un auge notable de las manifestaciones populares de carácter religioso, entre las que ocupan un lugar destacado los actos de Semana Santa, incluso, en las grandes ciudades. Y señala tres indicadores que ponen de manifiesto este nuevo desarrollo.

Hay tres grupos de personas, subraya, que se están incorporando masivamente a los actos de la religiosidad popular y, sobre todo, a sus organizaciones o estructuras comunitarias, cofradías, hermandades y asociaciones. Estos son las mujeres, los inmigrantes y los jóvenes.

Lo cual no significa -precisa este autor- que todas estas personas hayan experimentado un cambio religioso. Considera el profesor Maldonado que la incorporación de estos tres grupos de personas a las formas populares de religiosidad abre una perspectiva de posibilidad de encuentro, de acercamiento y de influencia recíproca, entre los católicos practicantes y los no practicantes.

Una síntesis, en definitiva, interesante, fecunda, que los cristianos debemos saber explorar y canalizar. **Falta por ver si seremos capaces.**

Ara que nos disposam a tornar a viure l'esperència de Setmana Santa és el moment indicat per enfortir els nostre compromís de fidelitat amb l'Evangelí de Jesús, mort a la Creu per redimir els nostros pecats.

Un Jesús, recordem, que ressucità d'entre els morts per donar-nos la vida eterna, i que ens interpel·la cada dia perquè nos vol humils i nets de cor.

Desij que els actes de la Setmana Santa mahonesa obrin els nostros cors a les necessitats de l'església parroquial, diocessana i universal, i nos preparin per viure amb alegria la llum pascual del Crist Ressucitat.

Moltes gràcies.